

Como resumen de un periodo de nuestra historia y como honesta expresión de un modo de reconstruir el pasado, *Orígenes de la nacionalidad mexicana* es un libro útil y de lectura grata e interesante.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Louis E. BRISTER, *In Mexican Prisons. The Journal of Eduard Harkort.*
College Station, Texas, A & M University Press, 1986, 194 pp.

Una nueva agradable sorpresa de la Texas A & M University Press es esta edición esmerada de la traducción al inglés del diario de Eduard Harkort *Aus Mejjicanischen Gefängnissen*. El diario fue publicado en 1858 por el yerno del autor, adoleciendo de múltiples yerros por el desconocimiento del español y de los nombres geográficos por parte del editor, que en la presente corrige con gran cuidado Louis E. Brister.

El autor, Harkort, quien había sido director de una mina y cartógrafo *amateur* fue empujado por las circunstancias a mezclarse en las discordias políticas de México entre 1832 y 1835, lo que lo condujo a conocer las prisiones de Perote y Puebla y a ser expulsado del país. El diario relata sus años de soldado en el ejército de Santa Anna y proporciona un fresco testimonio de uno de los movimientos políticos del siglo XIX más importantes y menos recordados.

Eduard Harkort había nacido en 1797 en Westfalia y aunque su padre pretendía destinarle a una vida de negocios, terminó por estudiar mineralogía en la Real Academia de Minas de Freiberg, en Sajonia. Su desempeño fue brillante y no tardó en convertirse en experto en el análisis de plata y otros minerales. El lograr simplificar el procedimiento del sueco Juan Jacobo Berzelins le dio notoriedad, tanto que se le permitió enseñar las técnicas desarrolladas que serían conocidas más tarde por medio del tratado de uno de los profesores de metalurgia de la misma institución, que las había aprendido en sus cursos.

Concluidos los estudios con gran distinción, Harkort pasó a Leipzig a visitar a su hermano que era rico comerciante, quien más tarde se convertiría en próspero ferrocarrilero. El suegro de su hermano tenía conexiones comerciales en México y es posible que por ese conducto le llegaran las primeras noticias de las minas mexicanas. Además, las activas empresas británicas en México contrataban constantemente expertos alemanes, por lo que no es raro que la

Compañía Mexicana le ofreciera el puesto de director general y que habiendo aceptado desembarcara en Veracruz con otros veinte paisanos, el 30 de marzo de 1828.

Aunque la compañía tenía diversas minas en Zacatecas y Veracruz, se le destinó a la que hasta entonces era la más productiva en Oaxaca, a unas millas de la capital. Gracias a su dirección y al empeño de unos sesenta alemanes, la mina incrementó pronto en forma notable su productividad.

En 1829 Harkort se vio precisado a emprender un viaje a Londres, para asistir a una junta de su compañía y en el camino conoció al general Santa Anna cuando acababa de evitar la consolidación de la elección del segundo presidente Manuel Gómez Pedraza. Harkort, al igual que tantos contemporáneos mexicanos y extranjeros, quedó fascinado con el líder veracruzano. Y se convirtió en su devoto admirador.

A su vuelta de Inglaterra, Harkort se dedicó con ardor a su trabajo, el que mezclaba con tertulias musicales en las cuales participaba como flautista y largas cabalgatas por sierras y caminos de Oaxaca que le despertaron el interés por elaborar un mapa minucioso del estado que detallara ríos y puntos importantes del mismo. La fascinación por el trópico se imponía, mezclado con sueños románticos que compartía con amigos notables como Johann Moritz Rugendas, quien por entonces emprendía también estudios naturalistas que de paso le harían pintar hermosas acuarelas del paisaje y la vida mexicana.

Su tranquila y agradable vida se vio interrumpida en octubre de 1831, en que obligado por desacuerdos con un superior de la compañía decidió renunciar. El perder su inversión en trabajo y sueños fue un golpe duro, pero como había ahorrado algún dinero y era bien conocido en el estado, decidió concentrarse en reunir datos para su mapa y organizar una colección de minerales para el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, donde ofreció conferencias. Su vida en casa de su amigo Adolfo Hegewisch le permitía agradables veladas con dúos musicales y la continuación de sus correrías geográficas por el estado, pero el hecho de que el gobierno de Oaxaca no cumpliera sus promesas en el financiamiento de sus estudios cartográficos, así como la necesidad de alguna actividad más concreta, unidos a las noticias del levantamiento del general Santa Anna contra el gabinete del general Anastacio Bustamante, hicieron que le picara la curiosidad de servir en el ejército pronunciado. Así, para febrero de 1832 se ponía en marcha rumbo a Veracruz y empezaba el diario de sus aventuras.

El general Santa Anna de inmediato lo aceptó entre sus huéspedes, que ya contaban con otros extranjeros e incluso lo distinguió con el cargo de su ayudante. Mas la suerte no le fue propicia, pues su primera actuación tuvo lugar en la gran derrota de Tolomé. Harkort no sólo fue mal herido y prisionero, sino que se salvó de milagro de ser fusilado como extranjero entrometido. Con otros oficiales se le condujo a Perote y para su fortuna, sus serias heridas ameritaron hospitalización, lo que aminoró las penurias de su estancia en la fortaleza. Poco después fue trasladado a una prisión en Puebla de donde escapó y pudo reunirse con las huestes de Santa Anna en Orizaba, quien lo ascendió a capitán por sus hazañas. A cargo de trabajos de ingeniería y mantenimiento de los cañones participó en el resto de la revolución de 1832 hasta la entrada en la capital el 3 de enero de 1833, habiendo ascendido hasta el grado de teniente coronel.

Su diario termina en esa fecha, pero las cartas que se incluyen en la edición, una al profesor Breithaupt de Freiburg y dos a Johann Moritz Rugendas nos informan del resto de sus aventuras en México. Al triunfo de la revolución parecía destinado a volver a su vocación cartográfica al comisionársele junto al coronel Ignacio Mora y Villamil para elaborar un nuevo mapa de la República. Pero como no tardara en producirse una nueva revolución, recibió órdenes de servir como jefe de ingenieros en el ejército del general José Antonio Mejía enviado a perseguir al rebelde Mariano Arista. La peste de cólera de 1833 casi lo contó entre sus víctimas en Guanajuato y por enfermedad volvió a caer prisionero, aunque esta vez por pocos días, ya que logró huir a Zacatecas.

En ese estado recibió del gobernador Francisco García el encargo de fortificar la ciudad, hecho lo cual volvió a unirse a las tropas de Santa Anna, quien según nos dice el autor le encargó mapas y dibujos de las operaciones militares de 1833 que llegó a entregarle, pero de los que no se tiene noticia. Gratificado por el presidente Santa Anna con un nuevo ascenso a coronel, Harkort pudo dedicar un tiempo a acompañar en sus correrías científicas a Rugendas, durante las cuales el gobierno de Colima le encargó el mapa que sería publicado en 1842; al mismo tiempo empezó a soñar en publicar un libro de impresiones e información sobre México, del que el diario formaba parte. También menciona que quería imprimir en Nueva Orleans los mapas que había hecho para Santa Anna, con lo cual esperaba obtener grandes ganancias. En lugar de ello se vio envuelto en una "nueva agitación política", "en favor de la religión católica", y nombrado comandante general de arti-

llería y de ingenieros del estado de Jalisco que en 1834 defendía su autonomía. De nuevo le tocó luchar al lado del general Mejía, pero ahora contra las fuerzas enviadas por Santa Anna.

Harkort volvió a encontrarse en problemas, tuvo que huir, esconderse, entregarse y finalmente volver a Zacatecas, donde se dedicó por un par de meses a enseñar dibujo y a organizar un laboratorio. Ahí lo alcanzaron los acontecimientos trágicos del año 1835, el intento de Zacatecas de desafiar al gobierno federal. El gobernador lo encargó de la artillería de la milicia. Sus planes de defensa fueron desoídos por el comandante en jefe, el exgobernador García cuya cobardía, según Harkort, convirtió en derrota la lucha antes de empezar. De nuevo prisionero, esta vez fue a parar a la cárcel situada en el viejo edificio de la Inquisición de donde, vía Puebla y Perote, fue enviado a Veracruz para ser expulsado del país como indeseable en octubre de 1835.

Para fines de noviembre se encontraba en Nueva Orleans, refugio acostumbrado de los constantes exiliados políticos. Conoció ahí a Esteban Austin y con sus recomendaciones partió a Texas a ofrecer sus servicios para organizar una "sección de ingenieros militares". Sería Lorenzo de Zavala, a quien debe haber conocido en México, el que lo presentó a Samuel Houston, quien lo destinó a supervisar las fortificaciones de la isla de Galveston. Ahí, en agosto de 1836, la fiebre amarilla lo hizo su víctima.

El diario y las cartas de Harkort ofrecen una interesante descripción de algunos aspectos poco conocidos de la vida mexicana, como las prisiones, la vida en el ejército rebelde de Santa Anna en 1832, la descripción de la derrota de Tolomé, de la rendición de Mejía en 1834 y de la batalla de Zacatecas en 1835. Nos permite darnos cuenta clara de contradicciones y curiosas experiencias de la vida de entonces; la posibilidad de hacer una carrera meteórica en el ejército mexicano, enganchado como soldado en febrero de 1832, pudo ascender a coronel en febrero de 1834; los recibimientos para los prisioneros en Puebla o en Jalapa; los privilegios, así como la precariedad de la vida castrense y, en especial, la de las tropas santanistas.

La edición es impecable. Brister resulta casi excesivo en sus anotaciones y sin duda proporciona informaciones pertinentes. Sólo encontramos como errores el atribuir a don Valentín Gómez Farías simpatías por el movimiento texano y referirse al "centralismo" de Santa Anna en 1834. Harkort mismo sólo se refiere a movimientos clericales y aristocráticos sin mencionar en algún momento ningún ismo. Hasta bien entrado 1835, no se puede atri-

buir ni a Santa Anna, ni a la gran mayoría el centralismo, que también ha servido para justificar la rebelión texana. La publicación es oportuna en estos tiempos en que existe algún empeño por dilucidar lo que pasó en ese olvidado y mal estudiado periodo, que hay que desentrañar de las acusaciones políticas contemporáneas.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

Douglas W. RICHMOND, *Essays on the Mexican War*. College Station, University of Texas at Arlington, 1986, 99 pp.

La guerra del 47, que tan hondo significado tiene para los mexicanos, no merece mucha atención de la colectividad de historiadores, de manera que el presente volumen resulta un acontecimiento.

El tomito consta de cuatro ensayos presentados en la vigésima serie de conferencias anuales celebradas en memoria de Walter Prescott Webb: Wayne Cutler, "President Polk's New England Tour; North for Union"; John S.D. Eisenhower, "Polk and his Generals"; Miguel E. Soto, "The Monarchist Conspiracy and the Mexican War" y Douglas W. Richmond, "Andrew Trussell in Mexico: A Soldier's Wartime Impressions, 1847-1848".

A base de reportajes del *New York Herald*, el *Pennsylvanian*, el *Philadelphia Bulletin* y del diario que preservó un empleado del Departamento de Marina, Cutler nos presenta una gira presidencial de aquellos tiempos. Con las distancias originadas por la inexistencia de los medios de comunicación, que tanto animarían este tipo de rituales, el hecho de que se trate de un viaje a la región de sus opositores políticos, *whigs* antiesclavistas, hace más interesante el relato. Nos enteramos que para el verano de 1847 había pasado el disgusto de la Nueva Inglaterra por la guerra y que la gira de Polk logró acallar a la "oposición leal".

John S.D. Eisenhower nos ofrece un vistazo nuevo sobre temas de historia militar. Con un criterio basado en la eficiencia militar analiza la guerra y la califica como la más costosa en vidas humanas de las que han tenido los Estados Unidos (153.5 muertos por millar contra 98 en la guerra civil, en el ejército del norte), lo que para él es indicio de un gran descuido en la administración y manejo de voluntarios, servicios sanitarios e intendencia. Para los que estamos familiarizados con los relatos sobre el ejército mexicano, sin armas, vestuario, servicio médico y alimentos, esto resulta del